

# CONALI INFORMA

## “ 50 AÑOS DE LENGUAS VERNÁCULAS: ¿DIOS TAMBIÉN HABLA CASTELLANO!”

**A 50 años del Concilio.** Una de las dimensiones en las que el desarrollo de la reforma litúrgica superó largamente la letra del texto conciliar de Sacrosanctum Concilium es la de *la lengua litúrgica*. En la parte correspondiente de la constitución, *Normas derivadas del carácter didáctico y pastoral de la Liturgia*, dice: “Se conservará el uso de la lengua latina en los ritos latinos, salvo derecho particular” (SC 36.1). Precizando más esta afirmación de principio, se acepta dar una mayor cabida al uso de la lengua vernácula por la utilidad que tiene para el pueblo, dejando la determinación de dicho uso y su extensión en manos de la competente autoridad eclesiástica territorial (SC 36.2 y 3).

Lo que sucedió paulatinamente, aunque con gran rapidez, fue que las iglesias locales fueron adoptando la lengua propia para la totalidad de la liturgia. Es decir, no sólo para las partes previstas por Sacrosanctum Concilium (ante todo, las lecturas y moniciones, algunas oraciones y cantos, SC 36.2), sino también para la totalidad de la eucología y en especial para las fórmulas sacramentales y la eucología mayor

de la eucaristía: Prefacio y Plegaria eucarística. O sea: todos los textos de los sacramentos, los sacramentales y la liturgia de las horas.

La rapidez con que aconteció esto se puede interpretar como el desborde de un anhelo largamente sentido en muchos ambientes de la Iglesia. La atmósfera estaba preparada para este cambio. El mundo católico, con pocas excepciones, acogió con alegría la posibilidad de comprender y participar que se abría con el uso de la lengua de cada pueblo en la liturgia. Cincuenta años después de Sacrosanctum Concilium se puede decir que la recuperación de la lengua de cada pueblo para celebrar la fe fue un verdadero paso del Espíritu que hasta hoy sigue dando frutos. La persistencia de minorías que siguen clamando por el retorno del latín como única lengua de la liturgia romana es un fenómeno muy minoritario y sin crecimiento en el conjunto de la Iglesia.

**La lengua litúrgica en la historia.** En los primeros siglos de la Iglesia, la liturgia fue celebrada en las diversas lenguas en las que el Evangelio había

sido proclamado. Muy posiblemente la liturgia de la primera comunidad cristiana de Jerusalén fue celebrada en arameo, con las lecturas de la Escritura leídas en hebreo. En el Imperio romano, territorio de la primera expansión del cristianismo, estaba difundido el griego “*koiné*”, lengua de la mayoría de los escritos del Nuevo Testamento. Esa fue también la lengua de la primera liturgia en Roma, porque el latín, la lengua local de la capital del imperio, aún no había logrado imponerse como lo hizo a partir del siglo III. Fuera del Imperio romano la liturgia se celebró en copto, en siríaco, en armenio. Esta diversidad no causaba problemas: simplemente, manifestaba la universalidad de la Iglesia y su capacidad de encarnarse en cada pueblo. Cuando, en los siglos III y IV el pueblo conocía cada vez menos el griego *koiné*, que fue sustituido por el latín como lengua común del imperio, la liturgia también se plegó y se comenzó a celebrar en esta lengua. La liturgia romana clásica de los siglos V a VII llevó al latín a consolidarse como lengua litúrgica. Luego de la desaparición del imperio romano se comenzaron a formar lentamente las diversas lenguas centroeuropeas, pero la liturgia permaneció en latín. En el siglo IX los pueblos eslavos solicitaron a Roma, ya sin éxito, la celebración de la liturgia en su propia lengua.

A pesar de esta flexibilidad de los primeros siglos, la Iglesia no ha estado exenta de la tendencia a hacer inmutable su lengua cultural, fenómeno conocido por la historia de las religiones. De hecho, en la historia de la Iglesia han convivido las dos tendencias: a fijar la lengua litúrgica y

a adoptar la de los diversos pueblos. El latín convivió durante siglos con otras lenguas en la Iglesia latina, hasta hacerse lengua única de la liturgia, situación que duró hasta la reforma litúrgica impulsada por el Concilio Vaticano II. El Movimiento litúrgico, en la primera mitad del siglo XX, había vuelto a poner sobre el tapete el debate sobre la unicidad o la diversidad de la lengua litúrgica, pero en vísperas del Concilio no había una definición magisterial sobre la materia. La Constitución conciliar sobre la Sagrada Liturgia tomó un camino intermedio, que declaraba la permanencia del latín para los ritos latinos pero abría la puerta a una mayor cabida de las lenguas vernáculas. El Misal de 1970 fue el primero, después de muchos siglos, que fue traducido y utilizado en los idiomas más importantes hablados en la Iglesia. Las traducciones de la Sagrada Escritura y su enorme difusión en el pueblo católico, fruto del Movimiento bíblico de los siglos XIX y XX, había abonado el terreno para la traducción de los textos litúrgicos, de los que la Biblia forma parte esencial.

**La lengua litúrgica hoy.** A cincuenta años del Concilio, hay varias generaciones de católicos que no han conocido otra lengua litúrgica que la propia. Les parece normal que a Dios se lo escuche y se lo celebre en su idioma: tal como sucedía en los primeros tiempos de la Iglesia, y tal como hizo Jesús cuando instituyó la liturgia por excelencia, la Eucaristía, y dijo a sus apóstoles, en su propia lengua, que hiciesen lo mismo “en memoria suya”.

Desde el punto de vista del dinamismo del misterio de la

encarnación, cualquier lengua es apta y buena para celebrar el misterio pascual de Cristo. Nadie “canonizó” el arameo, la lengua del Mesías, como el idioma en el que las generaciones futuras de cristianos habían de celebrar su culto. Éste asumió naturalmente las diversas lenguas de los pueblos que aceptaron el mensaje cristiano. Dios se vale de la lengua de cada pueblo para sembrar y hacer resonar su alabanza. La comunidad indígena mapuche que canta a Dios en mapudungun, y ni siquiera cuenta con un Misal aprobado en su propia lengua materna para celebrar la eucaristía, lo hace con la misma certeza de ser escuchada por Dios que quien celebra un sacramento utilizando la “editio typica” en latín. En Chile, ¡Dios habla castellano, y también mapudungun, rapanui, aimara y quechua!

Si algún título tiene el latín como lengua litúrgica de la Iglesia occidental, es su antigüedad y la notable y hermosa tradición de textos litúrgicos que ha sumado a lo largo de los siglos. Pero ese título no basta para pretender que sea la única lengua de la liturgia. La comunión de la Iglesia queda suficientemente expresada y asegurada por una liturgia común celebrada en la rica diversidad de las lenguas humanas. El castellano o español es, cada día más en el mundo, una importante lengua litúrgica. Es usada en muchos países, con particularidades propias en cada uno. Es la razón por la que, contra el deseo de quienes aspiraban a una única traducción castellana de la tercera edición típica del Misal, se han realizado cuatro: la argentina, que hemos adoptado en Chile junto con Uruguay, Paraguay y Bolivia, la

colombiana, la mexicana y la española. Esta realidad revela hasta qué punto ha llegado la reforma litúrgica del Vaticano II en el respeto a la diversidad que representa la lengua vernácula: no sólo se traduce el original latino a todas las lenguas principales, sino que además se consiente en traducciones diversas dentro de un mismo idioma, para atender a las particularidades y diferencias de distintos países o regiones.

**La lengua, puente entre Dios y su Pueblo.** Mucho habría que decir sobre la necesidad de adecuar los textos litúrgicos no sólo a la lengua viva de cada pueblo, sino también a la mentalidad de los diversos grupos de creyentes. Aunque no es el único, la lengua es el instrumento principal de la revelación cristiana: la Palabra se hizo carne, y el creyente es por excelencia el Oyente de la Palabra. Para que esa Palabra transforme la vida y el mundo, debe ser una palabra no sólo comprensible, sino además dinámica, viva, conmovedora y hermosa.

La liturgia es también anuncio y, sobre todo, mistagogía. Nos introduce en el misterio de Cristo que celebramos en cada sacramento, sacramental u oración de las horas. Cada palabra es vehículo de la gracia y de la santificación de Dios, y al mismo tiempo de la alabanza y glorificación de su Iglesia. La lengua, cuanto más sea la propia de cada comunidad celebrante, mejor realiza la extraordinaria sinergia de acción de Dios y de la Iglesia que se actúa en la liturgia. La lengua litúrgica es una forma específica del lenguaje; su objetivo es vehicular, de la mejor manera posible, el diálogo

sacramental entre Dios y su Pueblo. Esa “mejor manera posible” está en estrecha relación con la cultura de cada pueblo y con las características de cada comunidad. La lengua litúrgica es servidora: es el puente entre el misterio y el corazón de cada fiel. Si es un mal puente entorpece el tránsito del Espíritu. Si, en cambio, es un puente bien construido, cuidado en sus detalles, hermoso, estable pero también respetuoso del dinamismo cultural de nuestro tiempo, entonces podrá fluir por él la comunicación de gracia y de alabanza que acontece en cada liturgia cristiana.

*P. Guillermo Rosas ss.cc. / Doctor en Liturgia*